

dación en este lugar. Y como que es joven todavía, tiene ante sus ojos un porvenir brillante.

Cierto es que quien en sus mocedades ha logrado llegar con firme planta á la cumbre en que hoy se encuentra, queda por esa misma causa constreñido á romper su lira antes que arrancar de ella notas que no puedan alcanzar la resonancia de las de la *Leyenda Patria* y del *Tabaré*; pero ¿á qué abrigar temores? Zorrilla de San Martín, hijo mimado de la inspiración, está llamado á iluminar con los resplandores de su gloria el suelo uruguayo que hónrase en proclamarle hijo suyo, y esos resplandores, salvando la distancia, llegarán hasta nosotros que nos complaceremos en enviarle desde aquí nuestros himnos de alabanza, tanto más fervorosos cuanto que irán dirigidos á una gloria hispano-americana.



RAFAEL OBLIGADO.

QUIERO hablaros hoy de Rafael Obligado, y vacilo, más que nunca, al dar principio á la labor; pues pienso, cuando estudio sus poesías, que para dar idea de sus bellezas es necesario mojar la pluma en jugo de rosas y escribir sobre blancas azucenas; porque los cantos del egregio argentino tienen, por su casta inspiración, la blancura de esos celajes que vagan en el firmamento azul semejando copos de nieve ó argentada espuma.

Armonía celeste, blando rumor de un río que se des-

liza besando las flores que bordan sus márgenes y copiando cielo azul y verdes hojas, eso es una poesía de Rafael Obligado, y ni á tal armonía ni á un rumor tan grato quisiera sujetarlos á un examen en el que forzosamente entraría por mucho lo convencional y lo arbitrario de las reglas establecidas por el hombre á medida que éste se aparta más y más de la madre naturaleza y desdeña el sentimiento. Quise por eso que un poeta fuese el que revelase en México el tesoro que encierra el libro de las poesías de Rafael Obligado, y pretendí que en uno de sus brillantes y afligranados artículos le presentase el *Duque Job*, que con tanta gallardía recoge, permitaseme decirlo así, la esencia de las obras que lee, y la derrama después embalsamando con ella nuestro suelo, una vez que la ha mezclado con la esencia de sus propias inspiraciones. Puse en las manos del *Duque* el bellissimo tomo y díjele mi deseo. Con la avidez de aquel que sabe de antemano que no ha de ser estéril para él una lectura, devoró aquellas páginas y sintióse envuelto por una ola de perfumes y arrobado por encanto misterioso; pero ay! él, perezoso de suyo, enervóse más con aquella embriaguez deliciosa, y de aquí que pasan los días y el prometido artículo no llega.

Si hubiese llegado.....! No sería entonces mi prosa incolora la que llenase estas páginas; pues yo que bendigo al cielo porque no ha dejado penetrar en el santuario de mi alma á la odiosa envidia, con gran placer os habría dicho: solzaos hoy que acude en auxilio mío quien posee dotes que la suerte me negó; oid cómo ha-

bla uno de nuestros mejores poetas, del poeta que aprendió á cantar á orillas del Panamá, escuchando á los *boyeros* que son los zenzontles argentinos.

Consuélame tener ante mis ojos fecundo campo donde espigar. Para tejer una nueva corona á las sienes del ilustre poeta me basta recoger las flores y los laureles que otros han arrojado á su paso.

D. Juan Valera, el insigne autor de *Pepita Jiménez*, que es tan gran novelista como excelente crítico, ha celebrado en una de sus *Cartas Americanas* las poesías del bardo argentino, y lo ha hecho en términos por tal extremo honrosos para el cantor de *Echeverría* y de *Santos Vega*, que nadie, después de conocer el juicio de Valera, podrá tachar el mío de lisonjero. Valera no es de aquellos que se tientan el corazón para decir una verdad que pudiera ser dolorosa para aquel á quien va dirigida. Sabrá envolverla en las rosas de su bellissima y culta frase; podrá halagar el amor propio de su víctima, hábil y sutilmente, para que el dardo acerado de su crítica penetre sin desgarrar; pero nunca dejará de transparentarse en sus escritos su pensamiento, ó, lo que es lo mismo, jamás quien lea una opinión de Valera abrigará dudas, á no ser que le ciegue la presunción, si aprueba ó censura. Y como Valera es docto y peritísimo en materia de estética, su favorable fallo acerca de las poesías de Obligado coloca á éste en el Parnaso en sitio que no es dado á todos alcanzar.

Argerich y Oyuela, conterráneos de Obligado, y como él orgullo de la tierra argentina, habían, antes que Valera, encomiado las excelencias del ya afamado poeta;

pero por equitativos que hayan sido al juzgarle—y bien que lo fueron,—á la opinión de Argerich y de Oyuela faltábale la sanción que ha venido á darle el renombre crítico español, pues, de antaño, se tiene siempre por más autorizado y justiciero al extraño, que á aquel á quien los espíritus suspicaces pueden atribuir ciertos vínculos de fraternidad ó simpatía.

Voy pues á dar ciertas noticias respecto á la vida de Rafael Obligado, y á hacer conocer en México lo que acerca de sus poesías han dicho, entre otros, los autores ya citados. Poco habrá exclusivamente mío en este artículo, porque con lealtad declaro que contándome entre los admiradores del egregio poeta, soy el menos á propósito para juzgarle como crítico, y porque gusto siempre de fundar en opiniones doctas las mías que carecen de autoridad en el mundo de las letras.

Argerich, en un folleto publicado en 1885, sintetiza la vida de Obligado en las siguientes líneas: “Nació en Buenos Aires y recibió en uno de nuestros hogares tranquilos una educación moral irreprochable. Muy niño, habiendo respirado poco los miasmas pútridos de la ciudad, fué llevado al campo, á una estancia situada á orillas del Paraná, y se entregó por completo á la vida de la naturaleza. Allí se abrió su espíritu á las primeras impresiones, bajo el ojo vigilante de la familia. Su madre, una santa señora, llevaba á todos los hermanos á rezar á menudo ante “la solitaria cruz de ñandubay” y á cubrir de *flores del aire* ese modesto signo que vela el sueño de los gloriosos muertos de la batalla de Obligado. Allí se hizo carne en su espíritu ese

amor á la Patria que es el culto y la fuerza mayor del poeta. Pasado poco tiempo, es enviado á Buenos Aires, y entra en el Colegio Nacional. A poco andar de su estadía en la ciudad, se encuentra con un pueblo lleno de entusiasmo, que vitorea en las calles á uno de nuestros batallones que venía diezmado pero triunfante, de los campos del Paraguay. Nueva y profunda impresión. Llega después á la Universidad y le reprueban *en literatura*. Aprende de todo, toma la revancha de la derrota, y está á punto de seguir la abogacía. En muchas ocasiones vuelve al campo y se entretiene en poner en verso la impresión culminante de sus paseos. Algunos de sus condiscípulos leen sus versos y se los vituperan acremente. Ama. Pasan los sueños y sigue produciendo. Combate algo en prosa por sus ideas. Posee una fortuna considerable, y es para él letra muerta, como no sea de oídas, cuanto se refiere á la lucha de la vida. Colecciona sus versos y se da el gusto de presentárnoslos en una deliciosa edición. Estudiad esta vida; leed sus poesías y veréis cómo se compenetran una y otra.”

Con efecto, refléjanse en las poesías de Obligado lo apacible y lo sereno de su existencia. Como corren las aguas del Paraná, sin el rugido de los grandes mares y de las estruendosas cataratas; como se agitan los pajonales en la inmensa pampa al soplo del terral, así se desprenden de la arpa del poeta armonías dulcísimas que caen sobre nuestro corazón con la suavidad con que resbalan sobre los pétalos de la rosa las gotas del rocío de la noche. Cuando leemos un canto de Obliga-

do, ni remotamente podemos imaginar que entre este trovador cuyas endechas dulcísimas nos arroban y el vate que entona rotundas estrofas sólo cuando siente las convulsiones de la inspiración, pueda existir punto alguno de contacto.

Los que creen que el renombre de poeta no se alcanza sino avasallando voluntades por medio de la comunicación de ideas valentísimas que no caben sino en cerebros extraordinarios, constituidos *ad hoc*,—valga la frase por la precisión con que traduce mi pensamiento,—no discernirán á Obligado el lauro que merece, por mucho que experimenten delicia inexplicable al leer sus obras *El hogar paterno*, *La flor del seibo* ó *El nido de boyeros*.

Es más todavía: los que nunca ni por ningún motivo quieren prescindir de que la poesía no interprete ternuras inefables, tranquilos amores, sino que de ella exigen la revelación de las grandes luchas del alma, de las lucubraciones de las grandes inteligencias, esos verán si no con desdén sí con frialdad las piezas que he citado; y cuando más, para no tacharlo todo en la obra de Obligado, aplaudirán sus arranques patrióticos y celebrarán su leyenda *Santos Vega*, porque tiene esta última mucho de simbólica.

Yo de mí sé decir que los cantos del bardo argentino penetran hasta el fondo de mi alma y me hacen sentir un encanto parecido, si no igual, al que experimento oyendo una melodía de Bellini.

Pero he ofrecido dar poco de mi propia cosecha, y vuelvo á dejar, por lo tanto, la palabra á Argerich. Es-

te, en rápido examen, mas no sin ir apuntando atinadas observaciones, recorre las principales poesías que forman el bellissimo libro de Obligado: la intitulada *Echeverría* es para él la marcha triunfal en el apoteosis del cantor de la *Cautiva*; tiene algunos defectos, pero encuéntrase en ella tantas bellezas, revela tanto el ser íntimo del autor, sus amores de poeta y de patriota, que la composición se impone en toda su sinceridad y en toda su hermosura. *América* deslumbra por la sonoridad de sus estrofas; *El hogar paterno* es uno de esos cuadros que sólo se escriben con el corazón, y en el que hay tal ingenuidad, tal frescura, tan artística disposición en sus estrofas,—una serie de acuarelas delicadísimas,—que el espíritu se regocija y envía un aplauso entusiasta al poeta; *Las quintas de mi tiempo* es una página naturalista llena de belleza y de refinamiento en el decir; *En la ribera* y *El hogar vacío*, cree oír Argerich las notas más altas de Rafael Obligado en la cuerda amorosa: en la primera ha puesto el poeta todo lo que posee de sentimiento y de arte, y es la segunda un sollozo conmovedor que da la clave de muchas otras notas melancólicas del libro. Así las demás; porque en todas ellas el poeta ha hecho gala de la acaudalada sencillez que tanto le distingue entre los escritores argentinos, porque su espíritu es pródigo en ingenuidad, con lo que da mayor mérito á sus versos, pues las cualidades sobresalientes del artista arrancan de aquella, como arrancan del sol todos los rayos luminosos dispersos en la atmósfera. “No busquéis ahí, dice, esos aleteos de cóndor con que Andrade deslumbra, esas ful-

guraciones extrañas que tienen todos los resplandores de un día tropical. Pero buscad otras cualidades: buscad la nota íntima, la observación nunca pasada por el tamiz del artificio, el verso armonioso convertido en joyel de ideas nativas, y veréis cómo ha sabido disponer de su tesoro este paisajista que maneja como el mejor los colores de su paleta, y que hace, por lo general, lo que quiere de su pincel."

Oyuela, el laureado cantor del *Arte*, señala entre las excelencias de las poesías de Obligado la pureza, soltura y gallardía con las que está manejado en ellas el idioma. Observa que no obstante que Obligado conoce y estima, como toda persona de buen gusto, la literatura francesa, es el único poeta argentino que de Echeverría acá no se ha dejado dominar por su influjo; que ni el más leve soplo francés corre por las delicadas páginas de su libro, en el que tampoco hay nada italiano, nada inglés, nada alemán. En cambio, agrega, sin que lo haya solicitado, quizás desconociéndolo, y con sólo dar libre rienda á su naturaleza americana, á su carácter argentino, tiene su libro no poco andaluz, patente en el ritmo blando y voluptuoso de sus versos y en riquísimo colorido. Para Oyuela, lejos de ser Obligado un áspero salvaje americano, lo que ha hecho ha sido fundir en la poesía argentina los dos elementos de belleza más valiosos que se conocen: el griego y el bíblico, pues concibe el arte á la manera helénica y suena en sus versos el Cantar de los Cantares, sin que ello ofusque en lo más mínimo su enérgica espontaneidad americana, pues los rayos de aquellos soles sobera-

nos se han disuelto en su sangre y corren por sus venas.

"Es imposible no hallar en su obra poética de vd., dice Oyuela á Obligado en la bellísima carta fechada en Buenos Aires el 25 de Mayo de 1885, la filiación de todos esos artistas de sangre pura, y la concepción de ese arte divino sellado eternamente á los profanos. En vd. se halla la poesía *como escultura* y sobre todo *como pintura*, casi nunca *como música*. La línea, el relieve, la imagen, son los señores absolutos de sus versos."

Renuncio, pese á mi voluntad á la gratísima tarea de reproducir otras atinadas apreciaciones de Oyuela, por que, como dije al principio, quiero que se vea cómo confirma los juicios de los compatriotas de Obligado, el célebre escritor español D. Juan Valera.

"Posee vd., dice al vate argentino, la facultad de reflejar, á modo de claro y magnífico espejo, la naturaleza circunstante, hermo세ándola y depurándola en la imagen; pero vd. posee además el arte y la forma adecuada para que esta imagen pase, sin disiparse ni afearse al pasar, desde la mente de vd. á las mentes de los demás hombres, hiriéndolas y penetrándolas. Se diría que todo el concierto, toda la magnificencia y toda la hermosura de la tierra de vd., aunque conocidos por la geografía y por la estadística, eran ignorados por el sentimiento, ya que no habían llegado á reflejarse en el alma de un poeta, ni habían aparecido en sus cantos.

"En todos los versos de vd. hay inspiración propia, por donde, sin buscar la originalidad, vd. la tiene. Se

conoce que ha leído vd. los poetas españoles, hasta los más recientes como Campoamor, Núñez de Arce y Valverde. En trozos descriptivos, sobre todo en décimas, creo notar cierto confuso recuerdo del estilo de los dos últimos. En varias composiciones amorosas de vd. hay también algo del modo de Becquer. Siempre, no obstante, la imitación ó la coincidencia es tan vaga, que no está uno seguro de que no sea ilusión. Por lo demás, nada tan opuesto como su espíritu de vd. sano, optimista, lleno de esperanzas en el progreso y en la grandeza de la patria, y de todo el humano linaje, al espíritu de Becquer, pesimista y hondamente herido. Hasta en las poesías más melancólicas de vd. hay consuelo, hay bálsamo, hay luz celestial que lo alegra é ilumina todo."

En otro lugar de la misma carta, dice Valera lo siguiente, que encierra el más cumplido elogio: "La lisongera impresión que recibe un natural de esta península, aficionado á las letras, al recibir poesías tan bellas como las de vd., venidas de tierra tan remota, es como la que recibiría un ciudadano de Atenas cuando llegasen á su noticia las obras en griego de algún insigne sabio, poeta ó historiador de su casta, que viviese en el Asia Central, en Egipto, en Libia, ó en alguna ciudad helénica de la misma Hesperia, hasta donde la civilización, el habla y todo el ser de Grecia habían penetrado, creando nuevas repúblicas y Estados independientes, si bien conservando la unidad superior de la sangre, del lenguaje y de la cultura."

Y á quién van dirigidas estas palabras! A Obligado,

al poeta que en su tierra nativa llegara á ser objeto de censuras por su *americanismo*, por su *argentinismo*, diré mejor; á Obligado que no desdeña engastar en el oro purísimo de sus estrofas, vocablos de pronunciado sabor local que no están en el Diccionario de la lengua española, y que Valera,—así lo declara—quisiera definir bien é incluirlos en ese mismo Diccionario. Si Valera, el escritor pulcro y castizo, aplaude y celebra los provincialismos de que se hallan sembradas las poesías de Obligado. ¿Qué dirán de esto esos espíritus tan apegados á lo tradicional, que juzgan herética la traducción de vocablos propios del suelo americano, en los escritos de los que en ese suelo nacieron? ¿Qué objetarán á esa amplitud de miras, á ese ensanche prodigioso que Valera quiere dar á la lengua madre, los que al describir las costumbres nacionales ó al narrar la historia patria evitan, como el contacto de afección contaminante, lo que es genuino y propio de la tierra?

Reflexione detenidamente la juventud estudiosa, la que al cultivo de la literatura se dedica, reflexione en todo esto, y vea cuán pueriles, cuán dañosos son los escrúpulos que abrigan los que en su mal entendido afán de velar por la pureza del idioma, caen en indigestos arcaísmos y se encuentran cohibidos, y despojan á sus escritos de la espontaneidad que brilla en los de aquellos que, como Obligado en la Argentina y como Altamirano en México, saben y quieren embellecer las páginas de sus libros con las fragantes flores de la tierra americana.

Cítase como una de las obras más acabadas de Ra-

fael Obligado, su leyenda *Santos Vega*. He aquí cómo la juzga Valera:

“A más de excelente poeta lírico me parece vd. buen poeta narrativo, según el testimonio brillante que de ello da en la leyenda de *Santos Vega*. Las décimas en que está escrita esta leyenda son no menos fluidas, bien hechas y ricas de rimas que las décimas empleadas por Núñez de Arce y por Velarde en descripciones y narraciones. Las de vd. tienen además para mí algo de peregrino y nuevo: me pintan con el colorido y la precisión de la verdad, la pampa y la vida primitiva de sus habitantes; me traen como un aroma sutil de sus flores y un eco suave y dormido de sus músicas y de sus rumores misteriosos.

“Santos Vega es el *payador de larga fama*: el más celebrado poeta, cantor y tocador de guitarra que ha habitado en la pampa entre los gauchos. Su contienda con otro trovador exótico, medio hechicero, que aparece obrando prodigios, y el triunfo de este nuevo trovador sobre el antiguo, que muere del pesar del vencimiento, todo es sin duda simbólico, es el triunfo de la vida moderna y de la industria, y de los ferrocarriles, y de las ciudades, sobre el modo agreste de vivir en lo antiguo, en aquel florido y verde desierto, en aquella extensa llanura que los Andes limitan; pero si bien vd. como poeta, lamenta la pérdida de un poco de poesía, si es que se pierde, ha de florecer otra, y ya florece, en la mente y en el libro de vd. que vale muchísimo más que la del *payador Santos Vega*. Justo es, no obstante, que vd. dé á *Santos Vega* las alabanzas que merece, por

más que, al dárselas, se las dé escribiendo tan preciosa leyenda, y dándole envidia de la que el pobre Santos Vega sería capaz de morirse, si ya en la lucha con el trovador y mago intruso no hubiera muerto.”

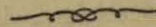
La extensión que, insensiblemente, he ido dando á este artículo, me priva de hablar de los magníficos tercetos de Rafael Obligado en la *Justa literaria* que tuvo por contendores á él y á Calixto Oyuela y en la cual justa cada uno de los dos bizarros poetas defendió sus procedimientos artísticos. Por dicha no pasará mucho tiempo sin que al estudiar las obras de Oyuela, se me presente oportunidad propicia para llenar el vacío que me es forzoso dejar hoy.

Y pues debo terminar, lo haré diciendo á mis lectores: estudiad al ilustre poeta argentino en sus obras admirables, porque sólo así tendréis exacta idea de su grandeza; estudiad su libro y comprenderéis con cuánta justicia sintetiza sus excelencias uno de los que mejor le han comprendido, en las siguientes palabras: “La Patria; dentro de la Patria el Hogar; dentro del Hogar el Amor; todo ello llevando en ofrenda al Arte exquisito y puro.”

No quiero, al insertar en este libro el artículo que acaba de conocer el lector, prescindir de hacer constar cen legítima complacencia, que en el tiempo transcurrido desde su primera publicación (1888) acá, el nombre de Rafael Obligado se ha hecho verdaderamente popular en nuestro país. A cada paso los periódicos de la

Capital y los de los Estados se engalanan con las poesías del vate argentino, pudiendo decirse que están ya reimpresas todas las que ha producido.

Este hecho patentiza que á medida que vayan siendo conocidos aquí los nombres de los literatos y poetas sud-americanos, sus obras serán más y más solicitadas, y, consiguientemente, llegará á ser un hecho la fraternidad literaria de los pueblos latino-americanos, fin único de nuestros constantes esfuerzos.



NICANOR BOLET PERAZA.

CONFIEGO, sin que para hacer esta confesión tenga que ruborizarme, que aunque las delicias de la paternidad me son desconocidas, es tan grande la simpatía que los niños despiertan en mí, que más que cariño profeso á la infancia verdadero culto. El niño, como el ave y la flor, alegra y embellece cuanto le rodea; sus risas tienen una armonía deliciosa, sus bulliciosos juegos alejan los más sombríos pensamientos. El niño es al hogar lo que el celaje al firmamento: sin él el azul purí-